

una favorable acogida de la mayor parte de la crítica. Eran "El bebé furioso" y "Las hermanas de Búfalo Bill", dos crónicas precisas, bajo su aire disparatado, del eplogo franquista. El autor hacía reír a los que se quedaban con la lectura más superficial de las comedias, a la vez que proponía un conjunto de ideas, expresadas con imaginación, talento dramático y humor, sobre el presumible vacío posfranquista. De algún modo, a Martínez Mediero le preocupaba, a tantos escritores que han tratado el teatro de la dictadura, el valor del concepto de libertad entre quienes jamás la han tenido. ¿Hasta qué extremos, al no ser un concepto contrastado en la vida política de cada día, no puede convertirse en un falso mito redentor? ¿Cómo no entender la idealización de la libertad en un marco que la proclama el mayor de los desastres?



De ahí el sentido de la pregunta reiterada del teatro de Martínez Mediero, incluso de una manera cómica en su último y menos afortunado de los estrenos: ¿Qué errores no cabe esperar de quien redujo toda su problemática existencial y social a la conquista de unos términos políticos, una vez tales términos son oficialmente proclamados? ¿Qué irritada frustración no ha de producir la distancia entre el valor real e inseguro del término y su valor idealizado y absoluto? ¿No será precisamente esta destrucción de la relación entre los diversos órdenes, esta reducción del proceso dialéctico a unos pocos y enfatizados objetivos la mayor agresión de las dictaduras a quienes se oponen a ellas?

Todo esto anda flotando por el teatro de Mediero. "El convidado" es una escueta constatación de la crueldad de las relaciones sociales, apenas velada

por la moral retórica. Obra breve, es quizá la que mejor justifica la calificación de "teatro antropofágico". "El último gallinero" es una fábula política. Cuando Mediero escribió su primera versión, España era, en efecto, uno de los "últimos gallineros" de Occidente. El comportamiento de las aves correspondía al de nuestras clases sociales; sus jerarquías, a las que privaban en nuestra vida política; el ansia de romper las puertas del gallinero, las que muchos teníamos de que el país se abriera a las realidades europeas; la idea de que por esa puerta podían entrar escopeteros que acabaran con todas las aves, una metáfora destinada a recoger el pesimismo del autor a que antes nos referíamos... Ese desenlace es el que ha cambiado ahora Mediero, quizá, y ello no dejaría de ser un testimonio reconfortante, porque, a estas alturas, muchos idealismos han sido reducidos a melancolía minoritaria...

Finalmente, "Las planchadoras" —que ganó un Premio Alcoy, aunque por razones de censura no pudiera representarse, ni siquiera publicarse— no deja de incidir en la reflexión matriz de Martínez Mediero: la España "encerrada", representada en esta ocasión por dos "ancianas" planchadoras, que nunca salen de casa, y el regreso de la hermana, recordada como la Libertad y, sin embargo, degradada por los nuevos amigos que la acompañan.

Con ser, en su conjunto, tres obras que reflejan lo que ha sido la vida española durante tantos años, los cambios efectuados vienen a dar fe, en uno de nuestros más amargos autores, de que la herencia va siendo, poco a poco, destruida. ■

JOSE MONLEON.

## ARTE

Ahora, al cabo de veinticinco años, vuelve a mi recuerdo mi amigo el pintor José Gurvich (el israelita Zusman Gurvich, nacido el año 27 en Lituania y muerto en Nueva York el 74 —digo aclarando una identidad que él mantenía orgullosamente—). Lo conocí aquí en Madrid, en el interregno de sus viajes a Israel —su tierra de promisión—, pero, curiosamente, mi conversación con él siempre giraba en torno al taller Torres García, del Uruguay, en el que él se había formado como pintor y del que conservábamos ambos muy buenos amigos comunes



José Gurvich.

(Gonzalo Fonseca, que entonces pasaba por aquí algunas veces; Héctor d'Acunha, que vivía aquí en Madrid, y otros). Era la época en que todavía Uruguay era el país de Ariel (un país auténticamente liberal, en el mejor sentido de esta palabra, hasta que lo destruyeron los "salvapatras"). Luego supe que el buen Gurvich había muerto... La exposición de "Faunas" que nos trae ahora, fervorosamente, su viuda, y que presenta inteligentemente Luis González Robles, nos lo devuelve.

## José Gurvich

Galería Faunas.  
Madrid

Como digo, Gurvich es uno de los herederos de las enseñanzas estéticas del gran Joaquín Torres García. Esa es una enseñanza que él siguió a lo largo de toda su propia enseñanza magistral que ya, desgraciadamente, se puede seguir. Tenía del maestro —consecuencia, sin duda, de lo que aquél llamaba "universalismo constructivo"— ese sentido de la forma tan indeleblemente atada a la construcción que todo lo figurado en su obra tenía un sentido de abstracta cohesión interna, como los ladrillos en la arquitectura. Por eso, como su maestro, tenía ese sentido —antimiguelangelesco— en el que las cosas quedaban divididas en zonas figurativas y aglutinadas en zonas constructivas... Pero Gurvich poseyó, acaso procedente del mundo judío de sus ancestros —se él mantenía muy firmemente, el sentido de las cosas animadas, como si todo conservase su cordón umbilical con el Génesis. A eso es a lo que, sin duda, se refiere González Robles cuando nos habla de su cualidad íntimamente religiosa. Sin duda la tiene, como la tenía El Bosco, al cual yo vi a Gurvich

estudiar aquí, en el Museo del Prado, con ardor. Por eso es, acaso, por lo que Luis González Robles habla también de la dimensión surreal de su pintura... ¿Surreal? Acaso no se podría hablar de ello si no fuese por esa vuelta "buchquilana" que Gurvich le hace dar, casi conscientemente, a su pintura.

Es curiosa esa dimensión "ánimica" de la enseñanza benéfica de Torres García —porque, sí, en la pintura de Gurvich hay que hablar francamente de la enseñanza de Torres— que se diría tan dada nítidamente a la construcción, y sólo a la construcción... Pero, acaso, ese universalismo que el maestro propina, tenía que ver con esa otra dimensión que le encontraron a la pintura algunos de sus alumnos, Gurvich por lo menos.

Me acuerdo ahora de Gurvich, tan sonriente siempre, tan aparentemente lejano a ese mundo, con algún acento dramático, que algunas veces le apunta. En realidad, le apunta más un cierto ruralismo, como el de Chagall y, más concretamente, como el de El Bosco, que sin duda fueron los dos maestros que más influyeron en él después de Torres. No cabe duda de que Gurvich cimentó su mundo figurativo sobre las enseñanzas de Torres García (cimentó su mundo digo: es decir, puso los cimientos de su construcción y su sistema de construir)... pero, sobre él, y haciendo uso luego de toda su fantasía, añadió todo lo que le habían enseñado tanto El Bosco como Chagall. Claro está que Gurvich, por ser del tiempo que era, conocía muy bien todos los movimientos del siglo XX, como el cubismo y, dice bien González Robles, como el surrealismo. Pero ahí se ve la benéfica influencia de Torres. No se dejó invadir por ninguno de esos movimientos. Ni siquiera fue un Torres García. Fue, como

quería su maestro, un universalista constructivo.

Ojalá esta exposición sirva para ayudar a revelar a un pintor que bien lo merece. Porque lo fue. Un magnífico pintor, un magnífico amigo y un magnífico hombre. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

## CINE

### "The bus"

Bay Okan, joven turco emigrado en Suiza, ha realizado una película sobre la situación de los emigrantes que huye de todo dogmatismo, de toda demostración, de toda "politización" en primera instancia, para desarrollar simplemente un espléndido, original y estremecedor documento dramático que no olvide la sonrisa o la ternura. La denuncia sobre las condiciones inhumanas de toda explotación, y muy concretamente sobre la que sufren los emigrantes (en este caso un pequeño grupo de turcos que entran clandestinamente en Suecia), está narrada a partir del engaño que provoca precisamente otro emigrante, contagiado ya por la picardía de la "civilización" a la que los demás pretenden acceder. Unos seres desposeídos de cuanto pueda convertirlos, para sí mismos y ante los demás, de unas señas de identidad, de una humanidad mínima, se recluyen clandestinamente en un autobús abandonado en una céntrica plaza de Estocolmo, en el mismo autobús que los llevó hasta allí. Utero extraño que los acoge huyendo de la Policía y en

la espera infructuosa de la llegada de quien los salve. A través de las ventanillas del autobús este grupo de emigrantes irán conociendo parte de la vida civilizada de ese país al que quieren pertenecer. El contrapunto de sus miradas con lo que ven forma la parte fundamental de esta espléndida película de Bay Okan. Una película que apenas necesita de palabras para ir mostrando la terrible realidad que encierra. Una película que no huye de la imaginación y hasta de lo inverosímil para acceder más directa y hábilmente a la auténtica realidad que quiere mostrar.

Pero además de este rico juego de miradas, "The bus" va desarrollando dramáticamente las peripecias de algunos de esos emigrados que son capaces de abandonar su autobús; inolvidable en este sentido la espléndida secuencia en la que uno de ellos se pierde en la ciudad. Sin amigos, sin dinero, sin idioma, sin valor, la noche de Estocolmo será como un monstruo impenetrable que lo devorará. Quizá la mejor secuencia de la película, aunque en "The bus" sean numerosos, en cuanto a la brillantez dramática, muchos de sus fragmentos.

Está pasando inadvertida esta película en el local madrileño donde se exhibe. Y es lamentable puesto que, sin lugar a dudas, estamos ante una de esas obras que, por su inteligencia y su sencillez, merece conocerse. De hecho se estrena en España tras un recorrido exitoso por los cines europeos. A pesar de que "The bus" no sea en todo momento una película cuidada al detalle, a pesar de que sean evidentes muchas de sus deficiencias y hasta una ligera torpeza en la puesta en escena de Bay Okan. A pesar

incluso de que no sea un estudio analítico de las razones de esa emigración, ni utilice la realidad de muchos datos conocidos para apoyar la miseria que denuncia. O quizá sea precisamente por esa falta de ambiciones políticas (o esa falta de ambición de querer ser considerada como una película política) por lo que "The bus" es una película que no puede marginarse. Recomendable casi apasionadamente. ■ DIEGO GALAN.

## TEATRO

### IV Semana de Badajoz

Entre las manifestaciones que, en la época anterior, contribuyeron a congregarse los mejores espectáculos y gentes del teatro independiente, se encuentra la Semana de Badajoz. Llegaron a celebrarse hasta tres ediciones —con su premio paralelo de texto, titulado con el nombre de Diego Sánchez de Badajoz—, y la verdad es que tanto la tónica de los espectáculos como la personalidad de los conferenciantes se encuadraron siempre dentro de las mayores cuotas de la libertad y de oposición que permitían las circunstancias.

Ahora, tras la interrupción determinada por la vida política de los últimos años —a fin de cuentas, la Semana necesita la subvención oficial—, la manifestación ha vuelto a celebrarse. Lo que, en el fondo, paralelamente al interés de buena parte de los espectáculos presentados, no deja de suscitar una reflexión: la necesidad de aprovechar todas las tradiciones culturales útiles, en este caso la Semana, procurando adaptarlas, si no lo están, a las nuevas realidades. En lo que al teatro se refiere, tales tradiciones son tan escasas, que de no aprovecharlas, temerosos de sus viejas contaminaciones burocráticas, correríamos el riesgo de quedarnos sin nada. O, en todo caso, de cegar los escasos caminos por donde es posible acceder —por tratarse de una "costumbre"— a los fondos que la Administración dedica a la Cultura. Lo cual es, por supuesto, compatible con la ineludible exigencia de remodelar democráticamente todos los viejos caminos.

Se han presentado en la IV Semana de Badajoz hasta nueve grupos, dos de ellos, el Teatro

Tona, de Málaga, y el Teatro Zoo, de Madrid, con espectáculos infantiles. Los otros siete grupos, con sus correspondientes espectáculos, eran los siguientes: Dagoll-Dagom, de Barcelona, con "No hablar en clase"; CAS, de Sevilla, con "Un cuento de madrugada"; Pequeño Teatro de Valencia, con "Balazo traidor"; Mediodía, de Sevilla, con "El bello Adolfo"; Monumental de las Ventas, de Madrid, con "Tú estás loco, Briones"; Cómicos de la Legua, de Bilbao, con "El jardín de la oca"; y Aula 6, de Granada, con "Parábola". Trabajos —en su inmensa mayoría adscritos a lo que hoy se llaman "creaciones colectivas"— en algún caso ya comentados en esta sección y que constituían una estimable selección de los espectáculos del teatro independiente aún no vistos en Badajoz.

Las representaciones se han ofrecido por la tarde y por la noche. Entre función y función, en el mismo teatro —el Menacho—, con el conferenciante en el escenario, se ha celebrado un seminario, bajo el título de "Alrededor de un teatro extremeño", en el que han intervenido varios autores, directores y críticos. La última sesión, a cargo de José Manuel Villafaina, director de la Semana, con el tema "Infraestructura teatral extremeña", reflejaba perfectamente el cambio operado en el espíritu de la manifestación: ya no basta organizar una muestra; ahora se trata de plantearse el tema del teatro extremeño, en su doble aspecto de creación y de circulación de espectáculos.

Los debates, al margen de su mayor o menor rigor, según los temas y los asistentes, señalaban también la voluntad de dar entrada a la opinión y a la crítica del público. Inútil añadir que los temas de la mayor parte de las sesiones dieron pie a numerosas y a veces desconcertadas intervenciones sobre el tema de la "conciencia regional" extremeña, de muy imprecisa definición y evaluación, pese a la reciente declaración de la preautonomía.

Otra cuestión fue la del teatro portugués. Separadas durante años las realidades culturales de España y de Portugal por determinados intereses —que, en cambio, ligaron muy bien en otros campos—, es evidente que estamos en un momento propicio para intentar la aproximación. Badajoz, a muy pocos kilómetros de la frontera portuguesa, en la ruta de Lisboa, es, en este sentido, una de las plataformas básicas tanto para dar entrada en España al teatro portugués como para ca-

"The Bus", de Bay Okan.

